

### El desvío a Santiago

Cees Nooteboom



Paseando por Úbeda (Jaén). Foto: Víctor Fernández Salinas

Un apasionado de los viajes que se entrega a la escritura en un peregrinaje continuo por tierras españolas, deambulando de un lugar a otro hasta llegar a su destino final: Santiago de Compostela. Una descripción pormenorizada de cada lugar que visita en un estilo marcado por el lenguaje intimista del autor y por la constante búsqueda de la permanencia del pasado y las tradiciones en la actualidad, en una exploración personal que le llevará por diferentes "desvíos" de realidad y ficción, de épocas pasadas y presentes, como la que se refleja en su experiencia por tierras de Úbeda y Baeza.

Alguien esparce alpiste y surge allí un torbellino de palomas. Ya me he levantado y paso, camino de la basílica, por delante de la curiosa fuente con el hombre y las alocadas figuras femeninas. Mis ojos tienen que acostumbrarse a la oscuridad, se está celebrando un rito, niños pequeños son alzados de la tierra y propulsados tan alto como es posible al mundo superior, tan alto como puede el sacerdote, y durante el tiempo que sea capaz de sostener al niño. No conozco este rito, nunca he participado en él, no lo he visto nunca antes. La confirmación, la ceniza, la bendición de san Blas, la primera comunión,

todo esto sí, pero nunca fui arrebatado así de las manos de mi madre, alzado con un impulso al aire en dirección al altar, sujetado y mostrado, y luego, con un segundo impulso, balanceado por el aire y de nuevo mostrado; pero ahora a un poder terrenal, el fotógrafo que por un momento me envuelve en el blanco plateado de su flash y así fija ese momento para siempre, de manera que pueda verme más tarde flotando en la basílica, el sacerdote con su capa debajo de mí, sus manos alrededor de mi limitada cintura. Permanezco entre cielo y tierra, como si debiera ahora elegir, ora soy ofrecido al tabernáculo

donde vive Dios, ora nado en la luz del flash, luego puedo volver a ponerme en pie. Yo no, los niños, temerosos y al mismo tiempo disfrutando, nunca les volverá nadie a alzar así en una iglesia. Uno a uno son anotados en la santa luz fotográfica, las madres lo presencian como si pensarán que sus hijos aún podrían salir volando, en las bóvedas, por el rosetón, hacia fuera, pero la tierra los vuelve a absorber con un sonido de monedas sobre la bandeja plana de cobre, el olor de incienso narcotizante, la complicada maniobra de las señales de la cruz para manos demasiado pequeñas; no, así no, así. Afuera espera

todavía la mujer como un velero de tul, es poderosa, el delgado campesino al lado de ella está nervioso, quizá prefiera no entrar en ese mundo que sabe de otro mundo, el mundo de sacerdotes, órganos y oro, donde tu propia voz suena de manera diferente, como si estuviera deformada por algo invisible, ese mismo elemento intolerante que se ocupa de que no crezcan árboles allí. Le compadezco, moreno y torpe en su incómodo y bonito traje. El sacerdote, las palomas, la plaza, me han vuelto a sumir en España, tengo que irme, salir de la ciudad, lejos del mar, hacia el interior, ese otro mar con las olas color de arena, un océano de olivos, las carreteras por donde nadie conduce. Por eso he venido aquí, y lo sé, no puedo explicárselo a nadie, la tentación de esas horas de calor y sequedad, las formaciones de batalla de los olivos que suben por la colina como una visión ardiente, los cauces lixiviados y pueblos insignificantes, a veces medio abandonados. De nuevo va abriéndose ante mí el mismo paisaje siempre distinto. Por aquí pasó montado en su burro san Juan de la Cruz, el místico, el poeta, cantando y leyendo y pensando como alguien que no necesita de nadie para subir al cielo. Él levitaba por encima de sí, su doble sobrevolándolo como una sombra, encima del hombre con el bastón y el burro que cruzaba debajo de él el silencio petrificado.

(...)

Porque aquí es donde estoy, en Úbeda, en el sobrio palacio que se llama Casa del Deán Ortega y que ahora es un parador adonde puedes entrar sin título nobiliario.

La luz que golpea dentro a través del postigo graba un cuadro vulgar sobre mi cama, vuelvo a leer las palabras que leía antes de quedarme dormido y que parecen proceder de una canción:

Étrange fut le destin de Plotin dans le monde árabe!

[¡Fue extraño el destino de Plotino en el mundo árabe!]

y luego me levanto y abro el postigo completamente y vuelve a ocurrir algo extraño, ya que mientras, o quizá porque el mugir continúa, vuelvo a saber de repente lo que era mi sueño, algo con leones y toros, y también sé lo fina que es la capa entre realidad y sueño en este caso, porque esta mañana escribí algo sobre el relieve de una de las pilastras del frontispicio de la Sacra Capilla del Salvador que está al lado del parador, un hombre, quizá Hércules, que lucha con dos toros. Y el león tampoco está lejos, porque éste está, alto y alerta, ante el Palacio de las Cadenas, con las armas de los Vázquez de Molina bajo su garra izquierda (...) Mientras continúa todavía el mugido pienso en lo extraño que es estar rodeados constantemente de animales mitológicos en estas ciudades y pensar que podemos pasear impunes entre ellos. El león en el pedestal, el águila con el jabalí en las armas, el unicornio en la vidriera, alguna vez escogen un sueño en el que poder moverse, acercarse, atraer, amenazar, en el que la piedra curtida se transforma en una brillante piel marrón, el águila busca su presa, el león ruga, el toro muge y embiste.

(...)

Para escapar sólo un día de este paisaje había ido a Úbeda, el patio del parador era alto y fresco, palmeras y luz desde altas ventanas, había leído algo sobre las familias medievales que aquí y en Baeza —que está a diez kilómetros— habían intentado morderse la garganta las unas a las otras como aquellas otras familias en Florencia y Verona, y cómo habían vuelto de nuevo a luchar juntas contra los comuneros para reprimir ese levantamiento popular con espadas y cadalsos, cómo después de la derrota de los musulmanes en 1227 y 1237 había empezado la época de florecimiento para estas dos primeras ciudades

cristianas en Andalucía: grano, aceite de oliva, sal, comercio. Úbeda ya no se llamaba Ubbadat-al-Arab y Baeza tampoco Byyasa, ahora las familias luchaban por la hegemonía y el dinero, y al nuevo dinero pertenecían nuevos estilos, y el más nuevo de todos los estilos pertenecía a la más rica de todas las familias, y así trajo Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V, al arquitecto Andrés de Vandelvira a Úbeda, y ahí están sus palacios, una idea clara a mi alrededor; frío, distancia, calma, una joya clásica tallada a fuego andaluz, un reservado entre árabe y barroco, ardor decorativo y profusión, un día entero para lo completamente distinto, medida entre la inmensidad de todo el paisaje circundante. Úbeda es pequeña, y pequeña es Baeza, no tienes que hacer nada, leer, pasear, buscar la sombra y mirar cómo fotografía la luz las imágenes, inspeccionar, considerar. Baeza es más antigua que Úbeda, otros ecos, otro silencio; cuando subo por detrás de la catedral a la alta colina por un estrecho sendero, me encuentro de repente con una escultura de Antonio Machado, y esto también está hecho del material de los sueños, puesto que la cabeza del poeta es una cabeza sin cuerpo, es de bronce pero capturada en hormigón y colocada en una mísera escombrera, sus ojos están abiertos pero él mira por encima de ti, los pájaros han cagado completamente su cabeza de manera que llora desde su coronilla lágrimas amargamente sucias —grises y blancas— de mierda de pájaro, una abultada cabeza de poeta en una jaula de hormigón, lixiviada por el calor, erigida como un fetiche sobre la tierra de la que escribió:

¡tierras pobres, tierras tristes,  
tan tristes que tienen alma!

NOTEBOOM, Cees. *El Desvío a Santiago*. Traducción de Julio Grande. Madrid: Siruela, 2006. 1.ª ed.: 1992

La publicación de estos fragmentos de la obra *El desvío a Santiago* ha sido posible gracias a la autorización de la Editorial Siruela.